

**CHARCOS, LAVAJOS Y
CLOCHAS: EL
APROVECHAMIENTO DEL
AGUA EN EL SECANO
COMARCAL**

Javier González Segura

RESUMEN

En ciertas áreas de la Meseta de Requena-Utiel la escasa permeabilidad litológica, aunado a la carencia de manantiales y a las irregulares precipitaciones, obligó a numerosas familias labradoras a realizar estructuras para almacenar las aguas pluviales y a aprovechar las zonas lacustres de origen natural. En las últimas décadas, los profundos cambios socioeconómicos han motivado que charcos, choclas y lavajos hayan perdido la funcionalidad para la que fueron concebidos. Actualmente, y pese a su progresivo abandono, conforman elementos de gran valor etnográfico, siendo apremiante su mantenimiento y conservación como patrimonio de toda la sociedad.

Palabras claves

Charcas temporales, Poblamiento disperso, Ganadería, Patrimonio, Etnografía.

La progresiva pérdida de las actividades económicas tradicionales, iniciada con el éxodo rural de mediados del siglo XX, ha desembocado en el deterioro de los sistemas rurales, con la degradación de las edificaciones e infraestructuras asociadas. Dada la extensa superficie de la comarca (1.721 km²), se ha generado un extraordinario patrimonio, vinculado a un poblamiento disperso ya consolidado desde el siglo XVIII. Molinos harineros y de aceite; hornos de yeso y caleras; trullos, jaraíces y bodegas; corrales y barracas o palomares son algunos de los elementos más relevantes de nuestra arquitectura vernácula, en un general y avanzado estado de abandono.

Respecto al patrimonio hidráulico, destaca la pérdida de numerosos manantiales, sistemas de regadío (azudes, acequias, balsas o norias), pozos, aljibes y charcos. Estos últimos, en los que se centra el trabajo, «hoyos naturales o artificiales, no muy profundos, en que se detiene el agua de lluvia» (Yeves, 2008, p. 147), fueron fundamentales para el desarrollo de las comunidades agrarias, especialmente en los espacios más secos, donde puntualmente llegan a abundar.

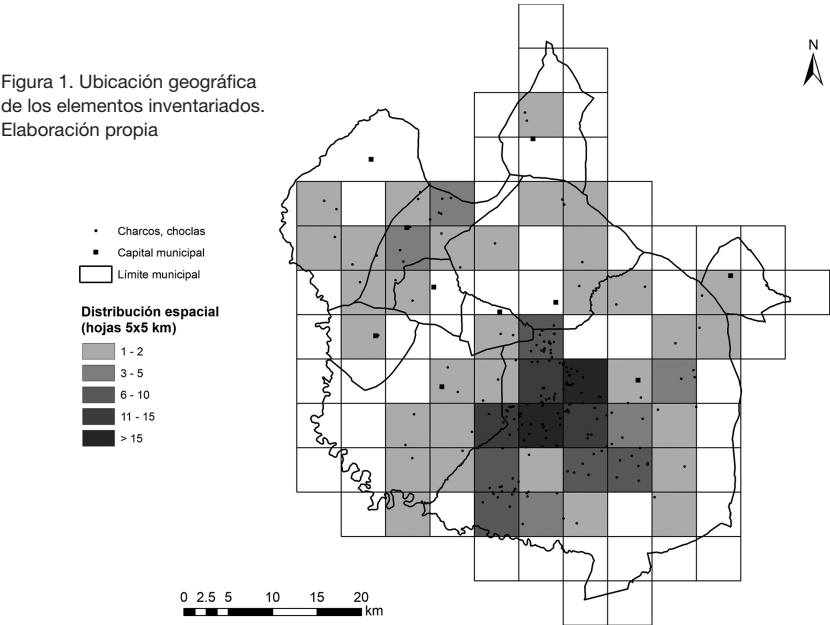
CHARCOS DE TIERRA, CHARCOS EMPEDRADOS Y CHOCLAS

Tras el trabajo de campo y la consulta de fuentes bibliográficas, orales y cartográficas, han sido catalogados 201 charcos, lavajos y choclas en la comarca y áreas limítrofes (Mira). Se han observado ciertas áreas de concentración, determinadas por la baja permeabilidad del terreno o la lejanía de cursos y puntos de agua. Con-

centrados en la parte central de la meseta (área occidental del término de Requena), destacan igualmente los conjuntos de Camporrobles-La Loberuela, la Cañada de Mira-El Alabú, y la mitad este de Venta del Moro (Figura 1).

Atendiendo al inventario realizado de este tipo de puntos de agua en la comarca, los denominados charcos de tierra son los presentes en mayor número. Se caracterizan por ser concavidades excavadas en suelos impermeables y no albergar ningún elemento constructivo salvo, en ciertos casos, un pequeño murete de piedra que sostiene la mota perimetral. Esta se corresponde con la margen exterior del propio charco, a modo de montículo de tierra para evitar la pérdida de agua e incrementar el volumen almacenable. Por ello, era fundamental mantenerla en buen estado, siendo agrandada con los sedimentos excavados en la cubeta del charco.

Repartidos por la geografía comarcana, se localizan algunos de estos charcos que cuentan con algunos lienzos de mampostería para reforzar parcialmente la mota. El Charquillo de Fuenterrobles, ubicado junto a la carretera de Fuenterrobles a Villargordo del Cabriel, cuenta con paredes de piedra seca. De poca profundidad, abastecía a las caballerías que transitaban por el antiguo camino (Moya, 2021, p. 110). En el término de Requena, los charcos de la Casa de Calcetas (La Portera) o de la Umbría (Campo Arcís) presentan estas características.



La recepción de agua se basa en acequias o *regueras*, conducciones excavadas en la tierra, muy semejantes a las utilizadas en los sistemas de regadío. Su mantenimiento era constante, especialmente en sustratos arcillosos o margosos, dada su mayor erosionabilidad y el rápido transporte de sedimentos ladera abajo. Periódicamente, se procedía a retirarlos con la azada y depositarlos en las orillas, o «bien echar un surco con el arado y la caballería», removiendo la superficie para que la escorrentía lavara los sedimentos y facilitara la conducción de agua.

Dependiendo de la topografía, solían adoptar forma circular y elíptica pues, a partir de un vértice que constituía la entrada del agua, iba ensanchándose progresivamente hasta conformar la cubeta cerrada por la mota. En otras ocasiones, cuando se abastecían por varias acequias, conformaban semicírculos, perteneciendo cada extremo a un punto de entrada diferente. Quedan recogidos en esta tipología gran parte de los charcos situados en las casas y caseríos, que abastecían a las cabezas de ganado con que contaba cada labor. La frecuente falta de otros abrevaderos naturales (fuentes, cursos de agua) hizo que estos elementos cobrasen gran consideración para los vecinos e incluso tuviesen valor económico. Prueba de ello son las menciones de estas estructuras en los documentos históricos, apareciendo en delimitaciones y descripciones de propiedades. En la justificación de tierras de la actualmente venturreña Muela de Arriba, antes perteneciente a la partida requenense de la Muela Herrera, se describe la siguiente labor:

...treinta y un almudes de tierra secana, los siete de cevadales en la referida partida de la Muela, que lindan con el comprador, y con tierras de dho Franco. Ximenez que es la quincha de lo largo, que viene a dar por debajo del charco a la esquina del corral¹...

Igualmente, en la escritura de venta por Doña María Viana de la labor de Los Sardineros, antes Casas de las Hoyas de Miguel Pérez, queda descrita la antigua propiedad:

Una labor de sesenta almudes poco mas menos de tierra en secano en la partida que llaman las oyas de Miguel Perez con su parte de cassa y charco y demas a ella anexo y perteneciente²...

Al margen de las labores comarcanas aisladas, la importancia de charcos y balsas se manifestaba en algunos núcleos de cierta entidad en el siglo XVIII, caso de las lagunas de Camporrobles o las balsas de Villargordo del Cabriel. Respecto al

¹ AMRQ, 2916/4, 1776.

² AMRQ, 2916/3, 1776. La escritura a la que se hace mención data del año 1700.

último municipio, antaño aldea de Requena, se recoge en las Relaciones Topográficas de 1787 «...que tan solamente tiene dos balsas donde se recoge el agua llubia, que se consume en años de esterilidad, la una a Saliente, distante 200 pasos y la otra dentro del mismo pueblo.» (Piqueras, 1997, p. 23) Ambas ya desaparecidas, de la primera queda constancia de una pequeña reguera junto al Camino Viejo de Utiel, que actualmente finaliza en un campo labrado. De la balsa del pueblo, hoy resta la calle denominada Charco, que va a dar a la Plaza de la Fuente, espacio que debió ocupar en tiempos pasados la alberca.

Asimismo, se han localizado charcos de tierra junto a casillas de campo, pequeños albergues temporales contruidos para guarecerse en las épocas mencionadas o protegerse de las inclemencias del tiempo, abundantes en la zona noroccidental del término de Requena (Los Visos y La Atalayuela). La escasa presencia de afloramientos rocosos en estas partidas, con la menor disponibilidad de materia prima para la construcción de los charcos, explica dicha tipología.



Figura 2. Charco de la Cueva de la Campana (Camporrobles)³.

³ Se halla ubicado en el itinerario turístico del “Camino de las Teñás”. Inmerso en un sabinar en recuperación, conserva la orla de vegetación acuática, con pequeñas matas de junco glauco (*Juncus inflexus*). Primavera 2022. Fotografía del autor.

La existencia de charcos empedrados, frente a los anteriores, debe atribuirse a varios factores, que van desde la litología del lugar al uso que de ellos se hacía. La abundante piedra caliza en la Derrubiada del Cabriel fue crucial para la utilización de esta técnica constructiva en las partidas meridionales de la comarca.

Por ser quizás la más antigua mención existente, cabe la pena reseñar el que queda recogido en las respuestas particulares del Catastro del Marqués de la Ensenada de Don Joseph Tenreiro Montenegro: «Otro pedazo en el charco empedrado dista una legua cabe quatro almudes ...»⁴, que posteriormente aparecería en la justificación de tierras de Pedro de la Cárcel y Joaquina Arcís. Así, en 1780 y acerca de los límites de la labor del Bercial, se indica «... desde cuio sitio sale por el puntal del Charco empedrado hasta las cañadillas de los Cavezuelos»⁵...

Si bien las partidas del Bercial y la Beata destacan por su gran concentración de charcos, únicamente ha podido ser localizado uno de estas características, próximo a un pequeño cerro que abastece igualmente al charco de la Casa de la Beata. En avanzado estado de colmatación y ocupado por un cañar, todavía se dejan ver los dos primeros hilos de piedra seca que conformarían sus paredes, tratándose posiblemente de ese antiquísimo charco empedrado de principios del siglo XVIII. La aparición de este topónimo, indicando la tipología del charco, señalaría la escasez de estas estructuras a mediados del siglo XVIII, diferenciándose de los charcos de tierra, ubicados en las casas de labor o caminos y veredas. Habría que esperar a finales del siglo XIX para que su construcción se generalizara en ciertas partidas (Los Calderones, Los Sardineros) junto con las roturaciones acometidas por pequeños propietarios.

A diferencia de los charcos de tierra, los empedrados a menudo servían para abastecer a labradores y pastores. Aunque se procuraban el líquido elemento para el transcurso de unos días en las temporadas de la siembra o la siega, trayéndola de fuentes o pozos en botijos y garrafas de cristal (damajuanas), si la faena se alargaba más de lo previsto podían recurrir al agua almacenada en ellos. Por ello, casi de forma exclusiva se situaban junto a las casillas de campo y, puntualmente, junto a cruces de caminos o bajo los árboles del hato. Éstos, fundamentalmente pinos o carrascas, se conservaban junto a las parcelas para colgar en sus ramas la comida y otros enseres, y poder mantenerlos alejados de las alimañas. Hacían las veces de casillas para aquellos labradores que, por diversas circunstancias, no tenían los suficientes medios económicos y personales para construir una.

⁴ AMRQ, 2839, 169, 1752.

⁵ AMRQ, 2915/42, 1780.

Para mantener el agua en las mejores condiciones posibles, se forraba mediante un muro u horma de piedra seca el hoyo excavado, evitando el contacto del agua con la tierra y la vegetación circundante. Esto permitía aumentar su profundidad y capacidad de almacenamiento, al consolidar las paredes de tierra, a modo de pozo. A diferencia de los charcos de tierra, para proteger la horma del posible desmoronamiento por caída de mampuestos, también se recubrían con losas las bocas de las *regueras*. Así, las grandes escorrentías, formadas con el paso de fuertes tormentas, quedaban canalizadas hasta el centro del charco mediante los caideros, pequeños saltos de agua en el habla local.

Respecto a la técnica constructiva, el acceso al interior del charco podía realizarse fundamentalmente mediante escalones o piedras que habían sido seleccionadas por el constructor atendiendo a su forma y dimensiones, colocándolas a medida que levantaba la horma de piedra. Asimismo, se ha constatado algún caso al que se accedía por medio de una rampa, para lo que se dejaba en el muro una abertura lo suficientemente ancha para permitir el paso de un persona. Este acceso era necesario tanto para la recogida de agua, cuando no fuera posible desde la superficie por su bajo nivel puntual, como para la limpieza y retirada de sedimentos con azadas y espuelas.

Precisamente, para evitar mayores acumulaciones de tierra en el charco, en ocasiones se construían pequeñas arquetas o piletas. Excavadas en la acequia y poco antes de la entrada en el charco, permitían la decantación de los sedimentos disueltos en el agua, especialmente los de mayor tamaño y peso. La función de este elemento cobraba mayor importancia durante los episodios tormentosos, pues la elevada intensidad de las precipitaciones conllevaba una mayor erosión del suelo. Esta se acrecentaba teniendo en cuenta la pendiente que poseen las zonas captadoras de agua (cerros), con suelos frecuentemente desnudos o con escasa cobertura vegetal.

Por su singularidad, cabe destacar la existencia de un charco inconcluso, que permite apreciar las fases de construcción de estas estructuras. Situado junto al corral de Pescuño, en el paraje de la Cueva de la Moneda (Los Calderones), se observan los montículos de piedras recogidos en las proximidades para su posterior forrado. Por lo visto, los constructores debieron de traerlas en un primer momento pues, al poco de excavar sobre el sustrato arcilloso, comenzó a aflorar la caliza. Dada la permeabilidad de la última tuvieron que abandonar la empresa, dejando el hoyo y el rimero de piedras en torno a él. Se desconoce cuándo fue realizado, pero ya aparece en la fotografía aérea (Vuelo Americano) de 1956.



Figura 3. Charco empedrado de la Casa Carretero (El Rebollar)⁶.

La relativa abundancia de este tipo de charcos descubiertos, empedrados y sin capilla o cúpula protectora, hacen de la comarca una de las principales áreas de concentración de estas estructuras a nivel autonómico y, a falta de más estudios regionales, del país. En este sentido, destacan localidades aragonesas con notables conjuntos, como Samper de Calanda (Bajo Martín), con cerca de 120 *balsas* -charcos de tierra- y *balsetes* -empedrados-.

Por su parte, se han hallado en el área de estudio multitud de *choclas*, localmente *colochas* o *clochas*, pequeñas concavidades formadas natural (por erosión y meteorización del roquedo) o artificialmente (picadas por el hombre), habiéndose inventariado únicamente algunos conjuntos asociados a diferentes ambientes y actividades económicas.

Entre los más relevantes sitios en la zona meridional del término de Requena pueden destacarse las *choclas* de la Calabaza, ubicadas sobre una *cingla* -estrato rocoso situado sobre otro erosionado- junto a la Vereda Real de Hórtola. Anterior-

⁶ Charco paradigmático. Se observan el *caidero* del agua de la acequia, proveniente de las faldas de la Cabeza Gorda, y los escalones (en negro) incrustados en la horma de piedra. Primavera 2022. Fotografía del autor.

mente cubiertas por losas, para evitar que bebieran en ellas animales salvajes o se colmataran por la acumulación de osma -hojarasca de pino-, debieron abastecer a los pastores trashumantes que bajaban de la Serranía de Cuenca a la Ribera del Júcar. No obstante, para abreviar el ganado quedó, bajo un gran pino y en el cruce con el antiquísimo Camino Real de Requena a Alcalá del Júcar, el cercano charco de Poyatos, propiedad actual de la Generalidad Valenciana. Recientemente, ha sido hallado otro conjunto de choclas junto a esta antiquísima vía pecuaria, en el paraje de El Juncarillo (Muela de Abajo). Situadas sobre una gran losa, presentan signos de haber sido picadas, posiblemente por ganaderos, dada su profundidad y su conseguida forma cóncava. En la Hoya de la Cierva, paraje ya roturado en el siglo XVIII y cercano a la aldea de Penén de Albosa, se localizan varias choclas junto a un antiguo carril o senda ganadera. Pastores y labradores con tierras cercanas tenían la precaución de tapar con lajas de piedra, de forma similar al caso anterior, aquellas de mayores dimensiones, dejando el resto para el ganado. A escasos kilómetros, en la Rambla Carretera, debieron ser utilizadas las *choclas* de la Tía Dionisia, especialmente por pastores y carboneros.

Por su parte, frente a la aldea requenense de Hortunas se localizan las *choclas* de Los Gorrinicos. Situadas en el Barranco de los Morenetes o de la Quebrá, almacenaban agua empleada tanto por pastores como carboneros. Estos elementos, unidos a las carboneras próximas y una pequeña covacha o refugio, conforman un conjunto de gran valor cultural. Ya en las cercanías de la ciudad de Requena, al sur de los conocidos Pinos de Florillo y en el paraje de las Asomás, se han hallado hasta tres pequeñas *choclas* contiguas. Su principal valor reside en que, desde principios del siglo XX, debieron ser fuente de agua para los mineros que extraían, de pequeñas canteras todavía visibles, el apreciado caolín destinado a las fábricas cerámicas de Manises. Al pie del cerro Montote, elevación emblemática para el pueblo requenense, se ubica el barranco de las Choclas, que alberga una de ellas bajo un pequeño saltadero. De grandes dimensiones, en su día fue recrecida mediante un murete de obra, aumentando su capacidad de almacenamiento con la crecida del barranco.

Ya en término de Camporrobles, en el paraje de El Portichuelo, se han recogido las *colochas* de Chiriba, «una antigua surgencia de agua» (Catálogo de Árboles Monumentales de Camporrobles). Sin embargo, y atendiendo a la litología caliza del lugar, bien podrían tratarse de concavidades que almacenaran agua pluvial sobre las costras calcáreas. Al norte de Venta del Moro, próximo al límite con el término de Villargordo del Cabriel y junto a la A-3, se ha recogido el topónimo

Colochas, que da nombre a un pino carrasco monumental. En Utiel igualmente aparecen denominaciones de parajes referidas a estos puntos de agua, en las cercanías de Las Cuevas o junto a la Vereda de San Marcos.

Respecto a las diferentes tipologías halladas, ha podido ser localizado en las inmediaciones del corral de Pedrón (paraje de Villar de Tejas, Camporrobles), a escasos 150 metros del término municipal de Mira, un peculiar charco. A pesar de formar parte de una gran losa, no puede calificarse como una *chocla*, dado que sus dimensiones son notablemente mayores. Sin embargo, tampoco se trata de un charco de tierra al uso, pues carece de la mota perimetral que los caracteriza.

EL "CHARCOCENTRISMO": USOS TRADICIONALES DEL AGUA EN EL POBLAMIENTO DISPERSO

Desde el siglo XVIII, la progresiva roturación de montes y espacios concejiles para el cultivo de cereales, y posteriormente de la vid, consolidó un modelo de poblamiento característico basado en centenares de casas de labor, repartidas por nuestra extensa comarca. La inmensa mayoría de ellas eran propiedad de grandes hacendados o terratenientes, siendo alquiladas para su cultivo por labradores sin tierra o renteros, a cambio del ineludible rento anual (pago en especie: cereal, leñas, animales). Solo aquellas que ofrecían ciertas ventajas comparativas, como un mejor acceso al agua (incluyendo pequeñas parcelas de huerta) o tierras más fértiles y rentables, pudieron desarrollarse y alcanzar el estatus de caserío o aldea.

Cada casa de labor presentaba unas características ciertamente similares, con pequeñas variaciones en función del ámbito geográfico en que se hallasen (Vega del Magro, Sierras de Utiel y Requena, Derrubiada del Cabriel). Habida cuenta la escasez imperante en tiempos pasados, los renteros debían procurarse todos los bienes posibles. Por ello, y amén de la casa de campo y la del propietario (denominada habitualmente casa de los señoritos), se construían amplios corrales de ganado y edificaban palomares, para la cría de pichones y la producción de palomina. Con el auge de la viticultura a mediados del siglo XIX, se modificaron los primitivos trullos o lagares, dando lugar a medianas y grandes bodegas. En ausencia de manantiales cercanos, se perforaban pozos o se canalizaban las aguas de los tejados hacia aljibes, para abastecer de agua potable a sus moradores.

La importancia del charco era tal que gran parte de las actividades económicas descritas necesitaban, directa o indirectamente, el agua almacenada en estas balsas. La vida cotidiana de los labradores giraba en torno a él y, dadas las notables dimen-

siones que tenían algunos de ellos, el vecindario le otorgaba un cierto simbolismo. No en vano, no puede concebirse la existencia de la mayoría de las labores en el seco comarcal sin la presencia de grandes charcos junto a las viviendas, a juzgar por las palabras del catedrático de Geografía Juan Piqueras, referidas al término de Requena:

... no hay aldea ni casa de labor (a excepción de la Vega y Huerta de Requena) que no tuvo en sus inmediaciones un charco para recoger el agua de lluvia y poder dar así surtido a los animales de labor y al ganado. (Piqueras, 2015, p. 487).

La extensa superficie de la lámina de agua, que puntualmente podía alcanzarse, era realmente llamativa en zonas sin cursos de agua permanente a kilómetros de distancia. «Parecía un ojo de mar», relata un informante respecto del charco de la Muelecilla, en el que además «había que tener cuidado que los niños no cayeran a él cuando estuviera lleno». Curiosamente, la primera expresión ha sido recogida en La Manchuela, referida al Charco del Pavo (Casas de Ves, Albacete). En este caso, se trata de un tollo-charco natural formado en un barranco- alimentado por las aguas de un cercano manantial, utilizado como abrevadero para el ganado y empleado por las mujeres para *enjuagar* -lavar- la ropa (López y Molina, 2011, p. 164). Esta coincidencia no hace sino atestiguar la proximidad lingüística e histórica entre las dos comarcas vecinas.

La peligrosidad de estas balsas de agua queda patente al repasar la bibliografía local. Se tiene constancia de la muerte de dos niños en el término de Requena en el pasado siglo. En 1903 pereció ahogada una joven de 10 años en el charco empedrado de Casilla Hernández, siendo la primera persona enterrada en el cementerio de la aldea más próxima, Campo Arcís (Piqueras, 2020, p. 215). Posteriormente, en la década de 1950, otro niño perdió la vida en el charco de las Casas de Panoja, en la partida de El Rebollar (Piqueras, 2022, p. 154).

Por lo que concierne a la ganadería, en numerosas ocasiones constituía el único recurso disponible para abastecer a las reses. Así, sabemos de su importancia por múltiples testimonios orales y escritos, entre los que merece ser reseñado el siguiente texto:

*Requena a 17 de agosto
Hoy martes tengo que ir a encerrar a Sisternas porque mañana tengo que darle sal al ganado y sino apañan el motor tengo que ir a Morte a dar agua porque en la Balsa no queda (Ballesteros, 1954).*

En este pasaje, escrito en su cuaderno por el pastor Gregorio Ballesteros Pardo, quedan señaladas dos actividades ganaderas esenciales: aportarle sal al ganado cada cierto tiempo, complementando su alimentación con elementos esenciales y evitando así patologías causadas por su carencia, e inmediatamente llevarlo a abrevar para que las reses sacien su sed. La balsa a que hace mención es el gran charco de las Casas de Sisternas, indicando que estaba seco en el estío de ese año. Precisamente, entre los años 1953 y 1955 tuvo lugar una de las mayores sequías recordadas en el siglo XX en la comarca, que generó una primera gran emigración de la población rural (Jordá, 1990, p. 113). Por su parte, Morte hace referencia a un caserío des poblado junto a la Rambla de la Alcantarilla, con un pequeño *nacedero* o manantial en la Rambla de la Alcantarilla, situado a más de 3 km en línea recta de Sisternas



Figura 4. Charco de Sisternas (Casas de Cuadra)⁷.

Al margen de la ganadería lanar y cabría, la colombicultura debió estar muy extendida, como demuestran las decenas de palomares repartidos por las labores comarcanas, caso del de las Casas del Renegado (Venta del Moro) o los de la Casa

⁷ Desde la mota del charco se aprecia la ladera de captación, pequeño cerro sin vegetación situado delante de las casas. Actualmente se halla poblado de aneas -espadañas- (*Typha latifolia*), aunque años atrás estuvo totalmente seco. Verano 2020. Fotografía del autor.

de la Sima, Alarcón y El Carrascalejo (Requena). No obstante, debió ser Campo-robles, atendiendo a su eminente pasado cerealista, el municipio que poseyera un mayor número de parejas, las cuales abrevarían diariamente en la cercana laguna.

La mencionada expansión vitivinícola provocó, en escasas décadas, que la demanda de agua para la aplicación de tratamientos fungicidas fuera en aumento. Algunas de las enfermedades más frecuentes en la comarca, como la cenicilla, la clorosis o el mildéu, especialmente activas en primaveras muy húmedas, son remediadas con sulfatos de diverso tipo. Inicialmente, el agua se llevaba a la viña en cántaros sobre el carro o en aguaderas: «armazón de esparto que se coloca en el lomo de la caballería» (Briz, 1985, p. 48). Más adelante, surgieron las pipas o cubas, llevadas igualmente en carro. La tarea de recoger agua para los tratamientos está descrita en el Charco del Cabildo, próximo a la aldea de Los Ruices (García, 1984, p. 241), así como en los charcos de Los Calderones y de la Atalayuela. Así, la plantación de viñedos alejados de otras fuentes de agua explica, en buena parte, la elevada concentración de charcos en el NO del término de Requena.

Asimismo, con frecuencia el agua para las nuevas construcciones y la reforma de las antiguas viviendas provenía de los citados charcos, en su mayoría coetáneos de estas primeras edificaciones. En este sentido, se conoce la extracción y uso del agua del charco de la Maja la Vaca, situado junto a las ruinas del corral homónimo (Los Calderones) para la edificación del corral de Miguel “El Piñón”, en el cercano paraje del Vallejo del Conejo. Este fue el único año en que este charco se quedó sin agua, al menos mientras estaba en uso y recibía el correspondiente mantenimiento.

En ciertas ocasiones, los charcos se utilizaban como lavadero, pues algunos «incluso tienen poyos para hacer la colada» (Piqueras, 2015, p. 487). Se han observado estos o se tiene constancia de ellos junto a fuentes o minas de agua (Venta del Rebollar, Casa Don Juan, Fuente del Estanquero), norias de sangre (Noria del Tío Román, en Campo Arcís) o aljibes (Casas de Los Prados de Requena). Respecto de los charcos, se conoce este uso para los ya desaparecidos de la aldea de La Portera. Con la construcción de la carretera general de Requena a Almansa y la progresiva mengua de la cabaña ganadera, «perdieron interés, por lo que también se usaban para lavar ropa» (Cárcel, 1980). Igualmente, se ha informado acerca de este uso en el charco de Casas de Cuadra, al ser esta una aldea sin cursos de agua permanente en sus proximidades, y en la balsa de Campo Arcís. La desecación de esta última, a principios de los años 1950, motivó la construcción de un lavadero para prestar a los vecinos el servicio que desde antaño desempeñó el pequeño humedal, citado ya en 1402 y abastecido por la Acequia de la Vega (González, 2022, p. 180).

PILONES Y ÁRBOLES SINGULARES: ELEMENTOS PATRIMONIALES LIGADOS A LOS CHARCOS

Atendiendo a la principal razón de su existencia desde sus orígenes, la de abrevar el ganado y las caballerías, destaca la presencia habitual de pilones o pilas junto a ellos. Generalmente picados a partir de un bloque de piedra (Gómez, 2015, p. 21) diferían en función de su forma, siendo los primeros rectangulares y las segundas cuadradas. Eran de vital importancia en los charcos empedrados, pues no era posible el acceso de las reses a su interior. Así, el pastor o labrador recogía el agua a base de *pozales* -cubos- con los que llenaba el abrevadero, tantas veces como hiciera falta para saciar la sed de los animales.

El ya mencionado charco de la Maja la Vaca, cercano al Salto del Junquero, abastecía a las caballerías que laboreaban los cultivos cercanos, así como a las cabezas de ganado que pasteaban los ejidos y montes inmediatos al corral. Un día, la pila con que contaba desapareció, creyéndose que algún vecino la condujo hasta las cercanas riscas y la arrojó al Barranco Junquero, afluente del río Cabriel. En las cercanías de la ciudad de Requena, el charco de la Casa del Trillero y el Pocico de la Casa del Marqués todavía conservan sendos pilones.

Más infrecuente resultaba hallar pilones junto a los charcos de tierras. En este caso, el aparato fotográfico conservado es clave para el reconocimiento de estas estructuras. Según la imagen tomada por el maestro de escuela Ricardo García Soldevilla, junto al charco de la Casa del Cabildo se hallaba un pilón de dimensiones considerables. Su principal cometido era cubrir las necesidades hídricas de las reses del caserío, dado que «abrevaban allí mulas y ganado» (García, 1984, p. 53). En la década de 1980 se encontraba «agrietado e inservible». Otro elemento similar fue fotografiado por D. Luis Lluch Garín, en su ermitear por la provincia de Valencia. En 1968 visitó la aldea hoy despoblada de Los Sardineros, tomando una vista general de las casas desde el cerro de La Algibe (Lluch, 1980, p. 162). Junto al charco situado al pie del cerro del Castillo, puede reconocerse una pila picada en piedra. Ambos pilones actualmente han desaparecido, pudiendo haber sido utilizados como objetos de decoración en viviendas particulares, tal y como sucede con los rulos de piedra de las eras de trillar.

Acompañando a los pilones, y habida cuenta de los prolongados y calurosos veranos, frecuentemente se conservaban árboles utilizados para dar sombra en el sestero -descanso- de las caballerías y el ganado mientras abrevaban en los charcos (Cárcel, 1980). Las especies más frecuentes eran el pino carrasco (*Pinus halepensis*),

la carrasca (*Quercus ilex*) y el olmo (*Ulmus minor*). Al margen de estos ejemplares destacaban otros ubicados junto a eras de trillar, entre los grupos de casas, o en torno a balsas y manantiales. En ocasiones constituían la única masa forestal a su alrededor, como sucedía en caseríos del llano del Campo Arcís o Los Ruices (Casas de Pardo, Casa de Duarte, Casilla Caracol).



Figura 5. Charco de las Eras de Casas de Moya (Venta del Moro)⁸.

Buena parte de estos especímenes alcanzaron dimensiones notables, siendo merecedores de figuras de protección actuales como la de Árbol Monumental o Singular. Desgraciadamente, numerosos ejemplares perecieron en el transcurso del último siglo debido a múltiples causas: climatológicas (tormentas eléctricas, intensas granizadas, vendavales), económicas (talas para la obtención de su madera o con motivo de reestructuración de cultivos), incendios o enfermedades. Este último caso es especialmente significativo por la incidencia de la grafiosis, responsable de la muerte de la inmensa mayoría de los olmos (González, 2020). No obstante, gracias a referencias orales y bibliográficas, puede reconstruirse la memoria de un buen número de ellos, de gran importancia para el estudio.

⁸ Cercano al monumental Pino de la Era (izqda.), este espacio se vio seriamente afectado por el fatídico incendio de julio de 2022. Fotografía del autor.

Junto al charco de las Casas de la Muelecilla, cercanas a Los Isidros, podía contemplarse hasta hace dos décadas un enorme olmo centenario. Hoy día sus restos yacen en el suelo, tras ser tumbado por un temporal el tronco seco como consecuencia de la grafiosis. De manera conjunta, el igualmente seco olmo de las Casas y el pino de la Era, último superviviente, realizaban la belleza del caserío. Esta sin duda se ha visto mermada por su pérdida, así como por el abandono y ruina de parte de las edificaciones. En su Historia de la Portera, Adelo Cárcel se refiere a otro portentoso árbol, desaparecido en la actualidad y situado a escasos 200 metros del límite de nuestra zona de estudio. «A poca distancia (de las casas) está el charco para el ganado, con uno de los pinos más grandes que se conservan por la comarca» comenta, refiriéndose al situado en el charco de las Casas del Churro, caserío próximo a esta aldea. No en vano, se calcula que el diámetro máximo de su copa debió superar los 25 metros. El autor desconoce las causas de su muerte, que debió acontecer a finales de la década de 1980. Recientemente, ha podido ser visitado el charco, totalmente seco en las últimas décadas, así como el tocón carcomido del viejo pino. No obstante, se ha podido reconocer un congénere de gran tamaño al otro lado del charco, que vendría a sustituir al ejemplar desaparecido.

Otro claro ejemplo de la asociación árbol-charco-ganado era el conjunto de pinos del charco del Cabildo, localizado en una ceja-pequeña elevación- al norte de la citada casa, «a cuya sombra y cerca del agua se estaba el ganado en verano» (García, 1984, p. 241). Probablemente serían centenarios, atendiendo al gran tamaño que poseían y al suelo poco desarrollado sobre el que crecían. No obstante, parte de la ceja fue roturada en años posteriores y buena parte de los pinos talados, conservándose únicamente 4 ejemplares. Además de la mano del hombre, ha podido constatar la acción de las tormentas estivales severas, dejando profundas heridas en troncos y ramas y conduciendo a la muerte de algunos de ellos por caída de rayos. Al norte de la aldea de Los Ruices se localiza el caserío de Pino Ramudo, citado ya en el siglo XVIII. El nombre proviene, sin lugar a duda, de la presencia de un gran espécimen en sus inmediaciones, muy posiblemente el que se alza en un espolón rocoso junto al charco. Sus gruesas y someras raíces indican su elevada edad. En los últimos años ha perdido algunas ramas, desdibujando la copa que debió tener, aunque presenta un buen estado de conservación general.

Junto al charco de Poyatos se localiza un pino carrasco singular tanto por su edad, sin duda superior al siglo, como por el porte que presenta. La pérdida de algunas ramas principales, fruto de los temporales acaecidos en el transcurso de su vida, ha modificado su estructura, reduciendo su altura y copa. Además, presenta

una herida de gran tamaño que recorre el tronco y el árbol no ha podido cerrar, comprometiendo su supervivencia a medio y largo plazo. Asimismo, este pino es un ejemplar destacado por estar situado en la Vereda de Hórtola, por lo que sin duda otorgó sombra a los numerosos ganados que trashumaban desde las altas tierras de la Serranía de Cuenca a la Ribera. Finalmente, ya en término de Venta del Moro, se localiza el mayor árbol asociado a un charco todavía vivo, el Pino del Tío Josico que, con una edad calculada de unos 170 años e incluido en el Catálogo Valenciano de Árboles Monumentales, da sombra a una casilla derruida y a un charco empedrado (Sendra et al, 2019).

LAVAJOS Y CHARCOS DE MIRA: PASADO GANADERO COMÚN

La pertenencia de Mira al antiguo alfoz de Requena hasta 1537 generó abundante documentación entre ambas villas, actualmente conservada en el Archivo Municipal de Requena. En ella, puede constatarse el trasiego de ganados hacia las antiguas dehesas del Alabud y de la Fuencaliente. Situadas al sur de la Cañada de Mira y en la ribera del Cabriel respectivamente, acogieron durante siglos parte de las reses trashumantes provenientes de la Serranía de Cuenca en su recorrido hacia la Ribera. La necesidad de agua, muy escasa en el caso del Alabud por la falta de manantiales y cursos fluviales, motivó la construcción de pozos y charcas.

La antigüedad de estas estructuras queda probada en las actas del concejo de Requena de 1529, ya que poco antes de la segregación de Mira y a petición de un regidor de esta localidad, «se acuerda que ningún ganado menor abreve en el Pozo Viejo, en la Casa de la Aduana, ni en el pozo y lavajos de la Cañada» (Latorre, 2016, p. 96). Desconociendo el número exacto y de a qué lavajos en concreto se hacía referencia, se han podido localizar en la actualidad varios de ellos en las inmediaciones de la Cañada de Mira y las casas del Alabú. Así, gracias a la información proporcionada por la cartografía histórica (planimetrías de 1909, 1910 y 1946), los informadores orales y el trabajo de campo; se han identificado hasta 6 charcas o lavajos asociados a diferentes elementos: casas de labor (charco de las Casas del Alabú, de la Casa del Cerro y Lavajo Blanco), casillas y corrales (charco de la Romana y de Bien te Veo) o caminos principales (charco de la Albariza). A ellos, debe sumarse el histórico Pozo Viejo, en la entrada de la aldea desde Camporrobles, con un magnífico pilón adosado de piedra labrada



Figura 6. Charco de la Albariza (Camino del Salto de Villora, La Cañada de Mira).
Verano 2022. Fotografía del autor.

Resulta llamativa, asimismo, la presencia de topónimos que aluden al color o la litología. La presencia de albarizas o «charcos de agua en hondonadas de suelo blanquecino y yesoso» (Yeves, 2008, p. 49) demuestra la escasa permeabilidad del sustrato local, mayoritariamente dolomías con arcillas calcáreas.

BALSA GRANDE Y LAVAJO DE SINARCAS: ¿DESTRUCCIÓN O CONSERVACIÓN DE LA BIODIVERSIDAD Y EL ACERVO CULTURAL?

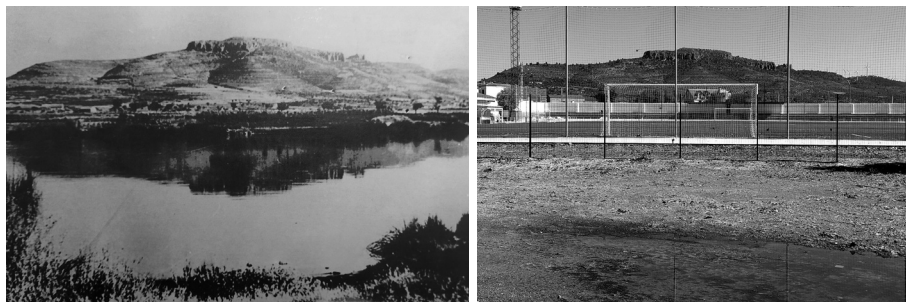
Las extensas planicies del NO de Requena-Utiel, atendiendo a su particular geomorfología, presentan cierto grado de endorreísmo. Esta circunstancia quedaba especialmente acentuada en el llano de Camporrobles, siendo conducidas parte de las aguas pluviales de las laderas del Molón por la Acequia Madre, y posteriormente almacenadas en las balsas y lagunas que rodeaban la localidad.

La presencia de abundantes pastos y aguas superficiales permitió a Camporrobles convertirse en siglos pasados en una de las localidades comarcanas con más reses estantes y trashumantes, como demuestran las antiguas dehesas del Toconar,

el Quinchón y el Ardal de Camporrobles (Piqueras, 2013, p. 85). No obstante, la progresiva desaparición de la cabaña ganadera, aunado al auge cerealista y, más recientemente, vitivinícola, propició la desecación de las antiguas lagunas naturales desde el siglo XIX, caso de la Balsa Redonda y las Balsillas. Estos antiguos espacios lacustres hoy conforman tierras sumamente fértiles, habiendo sido puntualmente reconvertidos en pequeños huertos.

No obstante, y dada su mayor extensión y valor histórico, la desecación y posterior urbanización de la Balsa Grande o Laguna de Camporrobles puede calificarse como una de las principales catástrofes ambientales acontecidas en la zona. La mayor masa natural de agua de la comarca, con una superficie aproximada de 2 ha y una profundidad media de 1,5 metros, desapareció a finales de los años 60 (Martínez y Gómez, 2001, p. 17) y con ello diferentes especies vegetales y animales. De algunas de ellas ya se hace mención hacia 1325 en el Libro de la Caza del príncipe D. Juan Manuel, código transcrito y publicado en el siglo XIX:

... Pero dice que de yuso de Mira hay algun ... de ánades en las lagunas de Campos Robres; hay muchas ánades et ... et muchas garzas al tiempo del paso: el arroyo de Onel nasce sobre Abaudent. Et fasta en Requena hay muchas ánades et ...⁹ (Gutiérrez, 1879, p. 116).



Figuras 7 y 8. Evolución histórica de la Laguna de Camporrobles¹⁰.

Prueba de la biodiversidad que atesoraba, en especial respecto a las aves, quizá pueda encontrarse en los dos depósitos reguladores o estanques de la Comunidad de Regantes de Campo Arcís, en las inmediaciones de la aldea requenense de El

⁹ En este histórico texto se señalan tanto las citadas lagunas como otros curiosos topónimos, con sus posibles interpretaciones: el arroyo de Onel (de Utiel, actualmente río Magro) y Abaudent (Caudete de las Fuentes).

¹⁰ En 1966, poco antes de ser desecada (Gómez, 2001, p. 4) y en 2022, ocupado su solar por instalaciones deportivas (fotografía del autor). Obsérvese en ambas instantáneas la silueta del omnipresente Molón, recortando el horizonte.

Pontón, principales cuerpos de agua de la comarca tras los embalses de Contreras y Buseo. Construidos en la década de 1960 y en 2002, con una superficie de unas 7 ha, acogen una variada e interesante avifauna, si bien bajo la artificialidad del hormigón en el de más reciente construcción (Armero, 2019, p. 260-269). Otros ejemplos de lagunas cercanas, y de su importancia como refugio de fauna, son las de Talayuelas y la de San Benito (Ayora-Almansa), las cuales han corrido distinta suerte. Mientras que la primera ha sido reconocida como microrreserva, por sus valores ecológicos asociados a los ciclos naturales de inundación-deseccación; la laguna de San Benito desapareció como consecuencia de drenajes artificiales, iniciados a principios del siglo XIX, para poner en cultivo sus más de 500 ha.

La importancia histórica de la Balsa Grande es palpable atendiendo a las menciones sobre ella en los siglos XVIII y XIX. En las contestaciones del párroco de Camporroble al interrogatorio de Tomás López, con motivo de las Relaciones Topográficas, se pone de manifiesto su valor:

... en su término, no tiene río alguno, si solo una laguna a la parte de Levante, contigua a las mismas casas, que se forma, de agua de lluvia y se consume en años de escasez y no causa gestión alguna al pueblo y el agua es saludable para los ganados. (Piqueras, 1997, p. 21).

Por su parte, en el diccionario geográfico de D. Pascual Madoz (1845-1850), remarcando el uso ganadero que de ella solía hacerse, queda señalado que:

... tocando a él (pozo del Concejo) se encuentra una laguna, donde se recogen las aguas que corren por las calles en tiempo de lluvias: sirve para abrevadero de los ganados, y se tiene acreditado por la experiencia, que los atacados de la viruela recobran su salud a las pocas veces que beben en ese sitio, virtud que se atribuyo al nitro y otras sales de que abunda el término. (OLEANA, 1986, p. 51).

En la actualidad, apenas quedan algunas señales de lo que representó la laguna para la vida cotidiana de los camporruteños, como la denominación de una calle, la Avenida de la Balsa, que recorre lo que fue su margen oriental; o diferentes carteles informativos, que hacen hincapié en su importancia como abrevadero de reses y, junto con el pozo del Concejo, solar para feria de ganados. La desaparición de la Balsa Grande generó un extenso área inmediato al núcleo urbano, permitiendo la construcción de instalaciones deportivas y recreativas para el uso y disfrute de sus vecinos. Por otra parte, y si bien se trata de una pérdida ya irrecuperable, todavía

restan en el término una docena de charcas y humedales que, sumado a las barracas y pozos, configuran un espacio de alto valor paisajístico, histórico y ecológico.

Frente a la destrucción de zonas lacustres, constatada en los municipios de Camporrobles o Ayora, cabe mencionar casos exitosos en la recuperación y conservación de ecosistemas lagunares, como la ya mencionada Laguna de Talayuelas o los Lavajos de Sinarcas.

Estos últimos, ubicados en una llanura parcialmente endorreica al NO de la localidad, sirvieron durante siglos para abreviar las reses y caballerías del municipio. Su alto valor ecológico, siendo muy destacada su flora acuática, además de la herpetofauna y los invertebrados (branquiópodos y copépodos), motivó la declaración de dos microrreservas de flora en 2001: la del Lavajo del Tío Bernardo o de Arriba y la del Lavajo del Jaral o de Abajo. No obstante, y debido al avanzado estado de degradación en que se hallaban, tras la excavación de la cubeta para incrementar el tiempo de inundación y el volumen de agua almacenada, o el laboreo y pisoteo de zonas adyacentes a la lámina de agua, se han realizado actuaciones financiadas por los fondos FEADER, con el objetivo de reducir las principales amenazas (GVA, 2019).

En este sentido, destaca la construcción de una pantalla anti-sal en el Lavajo del Jaral, con el fin de evitar los aportes de sal desde la carretera N-330 y reducir así la actualmente elevada conductividad del agua, impropia por situarse la laguna sobre materiales silíceos. Asimismo, la instalación de postes en el perímetro de los lavajos dificulta o imposibilita la llegada de vehículos a motor a su interior, no así de personas a pie o de reses. Al mismo tiempo, el Lavajo del Tío Bernardo se ha reperfilado, presentando una morfología similar a la anterior a la excavación de la cubeta en 1978. Con ello, se ha reducido la profundidad del nivel de agua, recuperándose buena parte de la superficie máxima inundable. Debe tenerse en cuenta que, tanto los lavajos de Sinarcas como las desaparecidas lagunas de Camporrobles, son áreas lacustres extensas de origen natural, a diferencia de los mencionados charcos excavados en tierra, de reducidas dimensiones y propensos a la colmatación de no realizarse las actuaciones pertinentes.



Figura 9. Lavajo del Tío Bernardo, una vez restaurado. Fuente: Póster Microrreserva de flora (GVA, 2019).

AMENAZAS Y DIRECTRICES DE CONSERVACIÓN

Tras el trabajo de campo realizado en los tres últimos años, ha podido ser constatado el avanzado deterioro general que presentan estas estructuras, motivado por la pérdida de funcionalidad respecto décadas atrás. Las afecciones son múltiples, pudiendo ser diferenciadas en función de su origen: natural o antrópico.

Respecto a las primeras, cabe destacar los procesos erosivos y la movilización de sedimentos. La colmatación de las *regueras*, por aportes sedimentarios tras fuertes lluvias, es habitual sobre litologías arcillosas, con suelos generalmente poco vegetados. En el caso de los grandes charcos de las labores, con acequias practicadas perpendicularmente a la pendiente, se observa la generación de pequeños barrancos que deterioran el sistema de captación. En la actualidad, al haber quedado casi en el olvido numerosas actividades agropecuarias tradicionales (ganadería extensiva, carboneo, recolección de esparto y *fornilla*), se ha reducido progresivamente el potencial erosivo, al haber aumentado la cobertura vegetal. No obstante, prácticas agrarias como la excavación de cerros y laderas para aumentar la superficie de cultivo, puntualmente han incrementado la colmatación de ciertos charcos (Casa de la Beata). En este sentido, la intensificación de la agricultura comarcana, con la reestructuración y reconversión de cultivos y la concentración parcelaria, conlleva frecuentemente la desaparición parcial o total del elemento. El relleno y roturación de las *regueras*, para su puesta en cultivo o como consecuencia del ensanche de caminos rurales, a menudo desembocará en el labrado de la cubeta y la mota del charco.

Existen otras actuaciones que, localmente, afectan tanto a aspectos estéticos como a las comunidades ecológicas asociadas a estos puntos de agua. La contaminación por residuos sólidos, como el depósito de enseres sobre la mota o en el interior del charco, o el posible vertido de aguas con fitosanitarios en zonas con agricultura intensiva pueden considerarse como amenazas graves sobre los organismos acuáticos. Asimismo, y si bien en nuestra comarca no se han hallado serios procesos de eutrofización por la ganadería -el charco de Sisternas ha sido el único hallado con signos de haber sido utilizado como abrevadero recientemente- en Teruel y el norte de Castellón se ha apreciado la desaparición de ciertas especies y comunidades vegetales al haberse incrementado y reconvertido la cabaña ganadera (mayoritariamente de explotaciones ovinas a vacunas).

La cubrición con telas plásticas o la cementación de las cubetas de los charcos (Charco de la Casa Nueva, Camporrobles y Charco de la Cardosilla, Requena), con el fin de reducir la infiltración de agua en el subsuelo, reduce inexorablemente su calidad paisajística y ambiental. A la desaparición de la orla de vegetación que suele acompañar estos espacios, se añade el potencial peligro de ahogamiento para una nutrida fauna que acude a estos espacios a abrevar e, incluso, reproducirse. En el caso de los charcos empedrados, la remoción con cemento de los huecos existentes entre los mampuestos desvirtúa la característica piedra seca, propia de nuestra arquitectura vernácula. Finalmente, se ha constatado incluso el vallado metálico de algunos elementos (Charco de Casas de Cuadra), impidiéndose el libre tránsito de los animales y personas e incrementándose su artificialización por el uso de materiales (acero, hormigón, ladrillo) ajenos a las técnicas constructivas tradicionales.

Analizados los principales factores de amenaza hacia estas estructuras, se proponen una serie de actuaciones dirigidas a su conservación, que van desde el mantenimiento y reposición de elementos deteriorados a la sensibilización y educación ambiental. En este sentido, se señalan medidas enfocadas a cada tipología descrita y otras de carácter general.

Con el fin de incrementar la capacidad de almacenamiento de agua, se llevará a cabo a retirada de los sedimentos depositados en la cubeta del charco, conservándose los primeros 20 cm por albergar materia orgánica y huevos de invertebrados, que serán depositados nuevamente en la superficie de la cubeta terminada la restauración (Sancho y Lacomba, 2010, p. 101). En este proceso, llevado a cabo primordialmente de forma manual -preciso en los charcos empedrados por su reducido área- mediante azada y espuerta, se eliminarán posibles residuos sólidos deposita-

dos y vegetación exótica (*Arundo donax*, *Ailanthus altissima*). Asimismo, resulta imperiosa la recuperación de las acequias, para garantizar el correcto transporte de los flujos de agua hacia el charco, y la excavación de las piletas, evitando así la entrada masiva de sedimentos y la rápida colmatación. Las choclas, por su parte, deberán limpiarse de todo resto existente en su interior, y tendrían que ser colocadas nuevamente las losas para evitar la entrada de materia orgánica.



Figura 10. Choclas del Juncarillo (Muela de Abajo, Requena)¹¹.

Sin embargo, para garantizar su futuro a largo plazo, las actuaciones correctoras mencionadas deben ir acompañadas de la divulgación de los valores naturales y culturales que presentan, de tal forma que puedan ser reconocidas por la sociedad como elementos patrimoniales. Las administraciones públicas deberían velar por la consecución de estos objetivos, aportando fondos para su mantenimiento y protección. En este sentido, las entidades locales (Ayuntamientos, Mancomunidades) son figuras clave en el proceso, al contar en sus términos municipales con estas estruc-

¹¹ A diferencia de las cercanas *choclas* de La Calabaza, las losas que las cubrían han desaparecido. Aunque actualmente todavía almacenan agua, se propone su limpieza y la reposición de la cubierta de piedras. Fotografía del autor.

turas (Figura 11), en ocasiones situados en montes y otros espacios de titularidad pública. Por su parte, el Parque Natural de las Hoces del Cabriel alberga hasta 25 elementos (12 % del total), siendo necesaria su implicación en las labores de limpieza y restauración dentro de las competencias que posee, en aras de la recuperación de estos refugios de fauna y flora.

Camporrobles	12
Chera	0
Caudete de las Fuentes	2
Fuenterrobles	1
Mira	6
Requena	157
Sinarcas	2
Utiel	7
Venta del Moro	12
Villargordo del Cabriel	2
TOTAL	201

Figura 11. Cuadro resumen de los elementos inventariados por municipio.

Afortunadamente, en los últimos años la sociedad civil ha desempeñado un cada vez más relevante papel en la defensa del patrimonio, así como en su inclusión como activos turísticos para el disfrute de vecinos y visitantes. Uno de los casos con mayor éxito es el mencionado municipio de Samper de Calanda, cuya agrupación de vecinos, Los Amigos de los Balsetes, ha conseguido restaurar la mitad de los balsetes y balsas inventariados en el término municipal. Recientemente, han diseñado una serie de rutas ciclistas y senderistas que recorren el municipio, vertebradas por estos elementos patrimoniales junto a corrales y mases (Navarro, 2023).

Agradecimientos

La realización de este estudio no habría sido posible sin el esfuerzo y tesón de generaciones de labradores y ganaderos comarcanos. Entre todos ellos, quiero destacar a mi abuelo Enrique González Cuevas (EPD) y a mi padre Enrique González Nuévalos, por inculcarme el valor de nuestra tierra y mostrarme las actividades tradicionales que en ella se practicaban. A Fernando Moya y Marcial García, entre otros, por cederme información y documentación sobre estos puntos de agua. A Víctor Manuel Galán por haberme alentado estos años a la investigación en el Archivo Municipal de Requena y a Ignacio Latorre por animarme a presentar este artículo.

Bibliografía

- ARMERO IRANZO, Francisco Javier, *La Naturaleza en la Meseta de Requena-Utiel*. Cuaderno de Campo, Castellón, Tundra Ediciones, 2019.
- BALLESTEROS, G. (1954): Cuaderno de pastor (3), <<http://www.ventadelmoro.org/historia/historia.htm>> (Consulta 25-VIII-2020).
- BRIZ GÓMEZ, Antonio, *El léxico de la vid en la comarca de Requena-Utiel*. Valencia, IAM, 1985.
- CÁRCEL RAMOS, Adelo, *La aldea de La Portera (1800-1980)*, ¿1980?.
- DIRECCION GENERAL DE MEDIO AMBIENTE Y EVALUACIÓN AMBIENTAL, *Mejora del estado de conservación de hábitats de interés comunitario en Red Natura 2000. Estanques temporales mediterráneos. Lugares de Importancia Comunitaria (LIC): Lavajos de Sinarcas*, Generalidad Valenciana, 2019.
- GARCÍA SOLDEVILLA, Ricardo, *Sonetos desde mi escuela: álbum de estampas rurales del paisaje físico y humano requenense: apuntes de "lecciones vivas", con atisbos de memorias "rimadas" y entrañables de un maestro de aldea: Casas de Eufemia-Requena período escolar 1944-64*, Valencia, 1984.
- GÓMEZ GARCÍA, Raúl, *Camporrobles: imágenes para el recuerdo*, Camporrobles, Ayuntamiento de Camporrobles, 2001.
- GÓMEZ SÁNCHEZ, Carlos Javier, "Arquitectura pastoril en Venta del Moro", *El Lebrillo Cultural*, nº 32, Venta del Moro, Asociación Cultural Amigos de Venta del Moro, 2015, pp. 15-21.
- GONZÁLEZ SEGURA, Javier, "El patrimonio arbóreo requenense: pasado, presente y futuro de nuestros olmos y olmedas", *OLEANA*, nº 35, Requena, Centro de Estudios Requenses, 2020, pp. 419-438.
- GONZÁLEZ SEGURA, Javier, "Las charcas temporales ganaderas en el Cabriel requenense (Valencia): acervo cultural y oasis de biodiversidad", *Cuadernos de Geografía*, nº 108-109 (1), Valencia, Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Valencia, 2022, pp. 175-192.
- GUTIERREZ, J. (1879): Libros de cetrería del Príncipe y el Canciller, *Biblioteca Venatoria*, <<https://bvpb.mcu.es/es/consulta/registro.cmd?id=411670>> (Consulta 30-XII-2022).

- JORDÁ SÁNCHEZ, César, “Estudio demográfico de la comarca Requena-Utiel. 1950-1989”, *OLEANA*, nº 4, Requena, Centro de Estudios Requenenses, 1989, pp. 109-124.
- LATORRE ZACARÉS, Ignacio, *Al pro e bien desta villa: actas del Concejo de Requena 1520-1546 y ordenanzas de 1506*, Requena, Archivo Municipal y Ayuntamiento de Requena, 2016.
- LLUCH GARÍN, Luis B, *Ermitas y paisajes de Valencia*, Valencia, Caja de Ahorros de Valencia, D.L., 1980.
- LÓPEZ, G.; MOLINA, R. (2011): Inventario y plan de recuperación de fuentes y manantiales de La Manchuela, <<https://ecologistasmanchuela.org/textos/sobre-el-agua/fuentes-manantiales-y-pequenos-espacios-del-agua/inventario-y-plan-de-recuperacion-de-fuentes-y-manantiales-de-la-manchuela-2011>> (Consulta 20-VIII-2020).
- “Los pueblos de la Comarca de Requena, según el Diccionario Geográfico de D. Pascual Madoz”, *OLEANA*, nº 2, Requena, Centro de Estudios Requenenses, 1986, pp. 51-64.
- MARTÍNEZ ORTIZ, José y GÓMEZ GARCÍA, Raúl, *Fidel García Berlanga*, Valencia, Diputación de Valencia, 2001.
- MOYA MUÑOZ, Fernando, *Anecdotario y relatos de la tradición oral de Fuenterrobles*, Fuenterrobles, Ayuntamiento de Fuenterrobles, 2021.
- NAVARRO, M. (2023): Los balsetes de Samper, un nuevo atractivo turístico basado en el patrimonio hidráulico, *Diario de Teruel*, <<https://www.diariodeteruel.es/bajoaragon/los-balsetes-de-samper-un-nuevo-atractivo-turistico-basado-en-el-patrimonio-hidraulico>> (Consulta 8-I-2023).
- PIQUERAS HABA, Juan, “Las relaciones topográficas de Tomás López”, *OLEANA*, nº 12, Requena, Centro de Estudios Requenenses, 1997, pp. 17-38.
- PIQUERAS HABA, Juan, “El patrimonio toponímico del término de Requena”, *OLEANA*, nº 30, Requena, Centro de Estudios Requenenses, 2015, pp. 469-488.
- PIQUERAS HABA, Juan, *Atlas de la Meseta de Requena-Utiel*, Requena, Fundación Lucio Gil de Fagoaga y Arcís Ediciones, D.L., 2018.
- PIQUERAS HABA, Juan, Campo Arcís. *Patrimonio histórico y cultural*, Requena, Arcís Ediciones y Cooperativa San Isidro Labrador de Campo Arcís, 2020.
- PIQUERAS HABA, Juan, *El Rebollar*. Su historia y sus familias: incluye El Matutano y otros caseríos de su partida, Requena, Arcís Ediciones, 2022.
- SANCHO, Vicente. y LACOMBA, Ignacio, *Conservación y Restauración de Puntos de Agua para la Biodiversidad*. Valencia, Conselleria de Medi Ambient, Aigua, Urbanisme i Habitatge, Generalidad Valenciana, 2010.
- SENDRA PÉREZ, Ignacio, LÓPEZ ALABAU, Antonio, MARTÍNEZ PAZ, Jesús, MARÍN PALOMARES, Gema, LATORRE ZACARÉS, Ignacio, *Catálogo de Árboles Monumentales de Interés Local de Venta del Moro*, Venta del Moro, Ayuntamiento de Venta del Moro, 2019.
- YEVES DESCALZO, Feliciano Antonio, *Diccionario del lenguaje histórico y del habla popular y vulgar de la comarca Requena-Utiel. Segunda edición ampliada*, Requena, Ayuntamiento de Requena y Centro de Estudios Requenenses, 2008.